

# LA MONARQUÍA

DIARIO POLITICO

AÑO III

## PRECIOS DE SUSCRICION

En Ferrol, un mes, una peseta.—Provincias, trimestre, cuatro pesetas.—Ultramar y extranjero, trimestre, nueve pesetas.  
La correspondencia se dirigirá al Director del periódico.  
No se devuelven originales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: SINFORIANO LOPEZ, 158 PRAL.

FERROL: Sábado 17 de Marzo de 1888

## ANUNCIOS

La línea de una columna en la cuarta plana, cinco céntimos de peseta.—La de dos columnas doce céntimos.—En la tercera plana pagarán el doble.—A los suscritores se les hace una rebaja de un veinticinco por cien.—Comunicados á precios convencionales.

MUN 383

## LO QUE HA PASADO Y ESTA PASANDO EN JOLO, CAROLINAS Y MANILA

(Fragmentos de una carta)

«Ahora bien; de Joló y de aquella guerra, puedo decirle algo. La administración y gobierno del actual gobernador nada ha dejado que desear, y así continúa, á excepción de un pequeño lunar y que le explicaré más adelante.

No he podido juzgar con acierto las operaciones militares llevadas á cabo en el río Grande de Mindanao; conozco aquella región muy poco, solamente de paso; por otra parte, ignoro las verdaderas causas que motivaron la guerra; amigos y adversarios hablan con pasión, y á nosotros, en el rincón en que metidos estábamos, llegaban las noticias desfiguradas.

Ahora es general la opinión de que hemos ganado mucho con haber avanzado nuestro dominio en el río, pero para sostener estas posiciones será menester sostener allí una cantidad de tropas que cuestan mucho, y no sé si la situación angustiosa del Tesoro permitirá sostenerlas por mucho tiempo, en cuyo caso volveríamos á quedar en el mismo estado que antes, y todos los esfuerzos realizados habrán sido completamente inútiles.

Nada dije á V. de los asuntos de las Carolinas porque aquí no se sabe más que lo que ahí sabrá V. por los periódicos, pero oyendo á unos y á otros en la fonda donde estoy, y como uno pertenece al oficio, juzgó que en Ponapé se hizo una malísima defensa y que el... La conducta... tuvo miedo al hacer un reconocimiento ni siquiera para adquirir noticias.

Una vez solo el comandante accidental del Pontón, bajó á tierra, izó la bandera y empezó la construcción de un fuerte, en el que se trabajaba diariamente, estando completamente terminado cuando llegó la expedición, con el propósito, al parecer, de imponer severo castigo á los inicuos autores de aquel levantamiento, y digo al parecer, porque hasta ahora, por lo que se dice, «sorlo resulta culpable de todo lo ocurrido un canaca,» que probablemente será la víctima que pague los vidrios rotos, como vulgarmente se dice.

Estamos atravesando un lamentable período de decadencia, y es insigne majadería pretender actos de virilidad y energía.

Respecto á los detalles con que se organizó la última expedición para Carolinas, los hay de primer orden, que por respeto á mí mismo no quiero mencionar, por más que son del dominio público, solo me atreveré á manifestar á V., como muestra de lo ocurrido, que discutiéndose la fuerza que había de componer la expedición, se desechó la designación de un cuerpo, por el plausible motivo de que los soldados carecían de polainas.

Una vez ultimados estos extremos, surgieron nuevas dificultades; que los barcos tenían averías, y que había que repararlas, como era natural. Listos los buques, carecían de carbón para emprender la navegación, lo cual dió lugar á nuevas demoras, porque hubo necesidad de emplear algún tiempo en buscarlo.

A todo esto la expedición se organizaba con excepcionales condiciones de urgencia: es decir, que si no hubiese habido esta condición, es posible que á estas fechas no estuviesen terminados los preparativos.

Así se explica satisfactoriamente el interés del señor Ministro de Estado en elevar á la categoría de embajadas varias legaciones, porque al fin y al cabo no sería decoroso que una nación como la nuestra, que dispone de tan grandes elementos y es tan sa-

bia y previsora administrada, fuese relegada á una posición secundaria, cuando tanta falta hace su consejo, en las conferencias diplomáticas, encargadas de arreglar los destinos del mundo.

Nada de cuanto dejo dicho sorprenderá á usted, pues no es más que una repetición corregida y aumentada de cuantos incidentes por el estilo surgieron cuando se organizó la primera expedición de Carolinas, en la que V. tuvo tan decisiva influencia, solo que V. fué más desgraciado, porque entonces no habiendo «canacas» á quien echar la culpa, hubo que buscar una víctima, y esa víctima fué... quien V. sabe.

Á última hora se me dice que la expedición á Carolinas ha llegado á Zamboanga, habiendo tenido algunas bajas por defunción, á causa de las fiebres que se desarrollaron con el movimiento de tierra, que exigían los trabajos de fortificación que se han llevado á cabo.

Si con este solo objeto se organizó tan costosa expedición, no están muy justificadas, ni las bajas que hay que lamentar, ni el dineral que se ha gastado.

Pero dejemos las Carolinas y pasemos á Joló.

La guerra de Joló pudo haberse terminado hace ya algún tiempo, pues escarmentada la morisma, como se encontraba, con ese ejemplar castigo que recibieran en Maibung y Tapul, y con el constante y mucho daño que continuamente sufrían por mar y por tierra con la guerrilla organizada, era más que suficiente para que los moros desearan la paz, por más que ostensiblemente no la pidiesen. Pero hay que conocer lo que son estas gentes para saber que son sumamente altivos, y que debilitados y divididos como se encontraban, era ocasión muy propicia para dirigir nuestro objetivo á otro punto más interesante, cual era la de apoderarnos de la sultana y su hijo, cuya permanencia en la isla de Joló es incompatible con la paz de aquel Archipiélago.

Al gobernador no le pareció bien emplear ciertos medios, que son indispensables para conseguir aquellos fines, y solo se limitó á practicar gestiones con objeto de que se presentasen en la Plaza la referida sultana y su hijo. Hubo sus dificultades, pero al fin se presentó la primera en Joló, pero sola, alegando que su hijo era muy joven para intervenir en ciertas cuestiones. No agradó nada al gobernador la taimada conducta observada por la sultana, pero tampoco se decidió á tenerla detenida hasta que viniese su hijo, por más que en este sentido le aconsejaban los que reconociendo en la sultana la única cabeza que dirige la política de Joló, comprendían la necesidad de tenerla apartada desde punto seguro, de aquella isla. Pero el gobernador firme en sus propósitos de no emplear medios violentos, dejó que la sultana se volviese á marchar, haciendo serias promesas de que su hijo no tardaría seis días en presentarse. Ofrecimientos que no se han visto realizados. Por el contrario, con la vuelta de la sultana á sus lugares, los Paulinas, Audel y Satulán, extremaron sus amenazas y hubo que ir contra ellos. Los de Bohal tampoco se sometían y hubo que hacerles un escarmiento; ahora parece que se trata de nuevo en castigarles, organizándose otra expedición contra Saviol. En resumen: que la guerra pudo haberse terminado el 26 de Julio, con la prisión de la sultana, y que ahora solo Dios sabe cuando terminará.

No puede V. figurarse la importancia que los moros le hubiesen dado á la prisión de la sultana.

Ahora listo tiene que ser el que la dé alcance, y esté V. persuadido que mientras

ella permanezca en la isla, si Harum llega á ser sultan de hecho, tiene que vivir bien prevenido, y nunca faltarán palos.

La última noticia de sensación que he recogido sobre Joló es la organización de una expedición 2.000 hombres, sin que pueda comprender su objeto ni los gastos que va á ocasionar. El Archipiélago de Joló está todo sometido desde hace tiempo al sultan Harum, y ni en una isla de él hay un solo rebelde. En la isla de Joló, solo en Sonao hay rebeldes, porque allí vive la sultana, pero en tan corto número, que no son de ningún modo temibles.

Pero dejemos á Joló y pasemos á ocuparnos de lo que sucede en Manila.

De noticias locales habría mucho que hablar, pues el reformista, (así llaman al actual director de administración civil), lo está involucrando todo, sin ton ni son. Tres famosos decretos ha concebido en esta temporada. El primero se refiere á la imposición del impuesto provincial á todas las clases de la Sociedad, debiendo recaudarse también lo atrasado, es decir, á contar desde el año de 1883. La cosa ha levantado grandísima marejada, y se temen serios disturbios, porque el estado de miseria del país, no está en condiciones de satisfacer nuevos impuestos.

El segundo decreto dispone que todos los servicios afectos á fondos locales como son impuestos sobre caballos, carros, matanza de reses, vadeos, pesas y medidas, etc., se efectúen por administración, y no por medio de contratistas como hasta aquí se venía haciendo y estaba mandado, encargando su recaudación á los tribunales de los pueblos. V. que conoce esta gente, comprenderá si la cosa se presta á abusos. El tercer decreto se refiere á la creación de escuelas de artes y oficios. Como V. sabe la orden de San Agustín se comprometió á plantearlas y llevarlas á cabo, siempre que el Gobierno les prestase su apoyo. En los nuevos presupuestos figura en este concepto un crédito muy pequeño, y los Agustinos viendo que tenían que gastar mucho dinero, presentaron razonada solicitud pidiendo mayores recursos, y la contestación fué la publicación de un decreto, que los excluye por completo para la realización del proyecto.

Si en el período de reformas somos fecundos, no lo somos menos en asaltos y robos. Tanto en Manila como en provincias, el bandolerismo toma proporciones alarmantes.

Y hago punto porque sería interminable. Nosotros por lo extenso de la carta, nos abstendremos de hacer comentarios, pues la inmensa gravedad que entrañan las noticias que se nos comunican, exigen ser tratadas con detenimiento, como lo iremos haciendo, Dios mediante, en artículos sucesivos.

Pero de todos modos, lo que elocuentemente se está demostrando, es que en la administración de Filipinas, reina la más lamentable anarquía, gracias á la apatía y debilidad con que procede el actual ministro de Ultramar, que como siga más tiempo al frente de su departamento, vá á concluir con nuestras colonias.

## UNA CATASTROFE EN PARIS

La calle de Deux-Ponts, barrio de Notre-Dame, fué el día 10 teatro de un espantoso accidente.

Serían las once de la mañana cuando M. Busson dueño de un almacén de vinos situado en el número 22 de aquella calle y en cuya muestra se leía: «A la mano de oro», observó que había un atranco en la cañería que bajada de los retretes de la casa.

Creyendo que podría verificar fácilmente el desatranco, fué á pedir á un vecino suyo, cerrajero, M. Jeaud, una larga varilla de hierro.

Volvió á su casa, levantó la piedra circular que tapaba el pozo negro, y aplicando una escalera

al agujero, bajó algunos peldaños dispuesto á quitar con la varilla la causa de la obstrucción de la cañería.

Apenas comenzó la operación el desgraciado, cuando se sintió presa de los miasmas deletéreos que se desprendían del pozo. Trató de subir, pero le faltaron las fuerzas, y lanzando un grito cayó al fondo, en el cual había una capa de más de un metro de materias fecales.

Un sobrino de Busson, llamado Juan Bouffie, de diecinueve años, que estaba en el despacho sirviendo vino, acudió al oír los gritos, y precipitándose por la escalera pasa salvar á su tío fué también víctima de los gases amoniacales, y su cuerpo inerte cayó sobre el primero.

También gritó al sentir que se le escapaban las manos de la escalera, y entonces llegaron varias personas que se pusieron á discutir los medios del salvamento.

Uno de los circunstantes se asomó á la boca del pozo en que yacían los dos cadáveres y comenzó á bajar.

Dos minutos después se oyó un ruido sordo. La asfixia acababa de hacer una nueva víctima.

Un compañero suyo exclamó: «¡Ah! ¡Desgraciado! ¡Yo le salvaré!» Y antes de que le detuvieran, puso el pie en el primer peldaño. En el momento se desplomó su cuerpo sobre los que le habían precedido.

Mientras ocurrían estos dramáticos sucesos, se había dado aviso al retén de zapadores bomberos de la calle Poissy.

Momentos después llegaron varios á las órdenes de un teniente.

Por mandato, algo tardío, del comisario de policía, ya no se acercaba nadie al pozo. Pero el número de víctimas era demasiado grande.

El cabo de bomberos, Toulón, sin escuchar más que la voz de su arrojo, y sin permitir que le atasen, bajó al pozo, y quedó muerto en seguida.

«¡Otro!—mandó el teniente. Se presentó el sargento Bousquet, pero su jefe dispuso que le atasen por debajo de los sobacos, precaución que le salvó la vida.

A los pocos minutos tuvieron que subirle medio asfixiado, pero el aire le devolvió el uso de sus sentidos. Sin embargo, estaba muy débil.

«¡Baja de nuevo!—repitió el teniente. El infeliz miró á su oficial sin decir una palabra, pues no le había entendido.

«¡Ea, baja!—ordenó el teniente. «¡Está bien!—dijo el sargento, para quien aquella orden era una sentencia de muerte.

Y acercándose á la escalera con paso vacilante hizo la señal de la cruz y puso el pie en el primer peldaño, más le faltaron las fuerzas y fué preciso retirarle.

Siguió el bombero Lasnier, pero hubo que llevarle acto continuo á una farmacia donde se le reanimó.

Como se había hecho todo cuanto era humanamente posible para salvar á los desgraciados que encontraron la muerte sacrificándose unos por otros, y no se logró ningún resultado, se abandonó por el momento la empresa, pues hubiera sido enviar hombres á la muerte.

A las doce llegó el coronel Couston, jefe de los zapadores bomberos, acompañado de varios oficiales y de gran número de soldados.

Al cabo de dos horas se consiguió subir los cinco cadáveres.

Por la tarde se leyó en el regimiento de zapadores bomberos una orden de su coronel, encomiando el valor del cabo Toulón y de una de las víctimas, Sixdenier, que había sido sargento del cuerpo, y disponiendo que se inscriban sus nombres en la lápida de honor y en el cuadro de los muertos por el cumplimiento de su deber.

## Asuntos del día

La prensa de la Coruña nos há puesto los pelos de punta.

La llegada del Gobernador señor Morés ha coincidido con el desarrollo de una epidemia concejil, mortal de necesidad por lo visto.

Los Ayuntamientos de Cambre, Oza y Frades han pasado á mejor vida.

Los de Culleredo, la Coruña y otros varios están heridos de muerte.

No se sabe que se hayan tomado precauciones para aminorar, siquiera, la terrible mortandad. Ni el Director General de Beneficencia y Sanidad señor Baró, ni el Dr. Albareda, ni el Decano de la Facultad señor Sagasta se preocupan, por lo visto, de esa desgracia que amenaza propagarse por todos los distritos de la provincia.

No comprendemos como el señor Morés continúa pacíficamente en su Insula, cuando parece natural que, ya que no por un deber de humanidad, por el afán siquiera de acauzar la Gran Cruz de Beneficencia debía haber establecido hospitales ó barracones para aislar los atacados y no tener un momento de reposo para evitar la propagación.

Tememos que el señor Morés se convierta en don Juan de Robres y que venga á establecer los hospitales, cuando todos los Ayuntamientos de la provincia hayan pasado á mejor vida.

A go, sin embargo parece que há hecho ya, si son ciertas las noticias de que ha creado un Cuer-





